

COMPLETOS DESCONOCIDOS

Ella era una chica un tanto peculiar, aseguraba ser capaz de ver fantasmas, y él no iba a ser aquel que la contradijera.

Rondaría los 16 años; esas mejillas rosadas, cabello albino cual nieve ártica y unos ojos almendrados que eran inolvidables.

Ella paseaba por el hospital observando cómo los espectros jugaban a ser médicos; comían, bebían e interactuaban entre sí como humanos.

Él salió impactado de la habitación en la que se hospedaba sudando a mares e hiperventilando de forma casi imperceptible. De camino a la salida tropezaron.

Su sonrisa era radiante, pero en seguida—volteando la muñeca — hizo ademán de golpearle. Al ver la reacción del chico (protegerse la cabeza cubriéndola con ambos brazos) se echó a reír.

—Hmm, me ves...—comentó para sí misma— ¡Hola, soy Kasmó! ¿Y tú?

La chica supuraba energía por cada uno de los poros de su anguloso cuerpo.

—Dante...—suspiró él.

Los desgarradores lamentos de su estancia aún le acompañaban, atormentándole a cada segundo.

—Así que sigues con vida, ¿eh?—canturreó—Lo siento, es que ya no diferencio entre vivos y muertos—se disculpó entre carcajadas.

Desde entonces y en adelante fueron inseparables. “La loca y el humilde” los apodaron.

Con el paso del tiempo—eterno para él, inamovible para ella— acabaron enamorándose perdidamente el uno del otro.

Él trataba de imaginar cómo se sentiría si —tal como su compañera— despertara cada mañana recordando únicamente su “don” y a su acompañante—él—, pero le fue imposible.

Los años transcurrían entre aventuras y nuevos descubrimientos sobre los fantasmas, y la sonrisa de Kasmó resplandecía cada día como si fuera el primero, pero, entonces, llegó el momento de la despedida.

Él no aguardaba este día, pero tampoco aborrecía la idea. Todo esto antes de conocerla a ella. Sabía que lo más doloroso no sería irse, sino contar la verdad.

—Kasmó—la llamó apagado. Ella llegó trotando alegremente y tarareando algo inteligible, tensando las comisuras de sus labios le dedicó una última sonrisa.

Sus miradas se cruzaron durante unos instantes, los suficientes para que Kasmó adoptara una postura relajada pero severa que él nunca había visto en ella y que le rompió el corazón; sus esculpidas facciones lo observaban expectantes.

Aun con la sangre bombeante taponándole los oídos era capaz de escuchar el débil aleteo de las pálidas pestañas de su amada y cómo nublaba su mente un torbellino de dudas y súplicas tras recibir la nefasta noticia.

Debía mantenerse firme y prohibirse el perderse en sus húmedos ojos y en la roída tela de su irisado vestido de franela... fue directo.

—Vuelvo a casa, —carraspeó—a la vida.

—¿Có-cómo?—replicó ella aturdida.

—Verás. —pausa. Debía medir sus palabras si no quería herirla más de lo que iba a hacerlo—Cuando nos encontramos, yo salí de mi habitación dejando atrás a mi familia, que velaba a un cuerpo sin alma, yo...Estaba en coma—estoy—.

<<Kasmo cerró los párpados con tanto ímpetu que no pensé que fuera a ser capaz de volver a abrir los ojos, y menos de devolverme la mirada>>.

Se atragantó con su propia saliva tratando de asimilarlo; sentía arcadas.

>>Los espectros que veías—ves—son humanos...humanos reales.

—E-espera, estás diciendo que vivo en... ¿Las ruinas de un pueblo?¿Las cenizas de una ciudad?¿En un mundo de...?E-estoy...¿Muerta?¿Soy un...?— Esta última frase fue pronunciada entre sollozos.

—Para ti, la vida— ¿vida? Más bien muerte—es un “aquí y ahora”, no recuerdas el ayer, pero sí a mí, y yo...—replicó Dante con un hilo de voz.

—No recuerdo el...—le interrumpió Kasmo; vomitó, pero sólo bilis, por lo que sabía no solía comer mucho, no sentía esa necesidad, ahora entendía el porqué.

Él sabía que no quedaba tiempo, de modo que le regaló un último beso antes de desvanecerse dejando un rastro de polvo y estrellas tras de sí.

EPÍLOGO

Pasaron 14 años en la ciudad de cenizas antes de desaparecer, 14 días en su mundo. 10 años después falleció en un accidente de tráfico, y lo último en lo que pensó al ver el vehículo cerniéndose sobre él fue en si ella le recordaría...10 años, 3650 días en su mundo...3650 años en el de ella.

La buscó por todas partes, hasta que, al darse por vencido y regresar finalmente a la —ahora desvencijada y vieja— casucha en la que en un pasado se alojaron se la encontró, acurrucada en el destartalado sillón de cuero.

Al verle ella sonrió, y él soñó que era real. De nuevo el giro de muñeca, el ademán de golpe; el reflejo de Dante y...

—Hmm, me ves...—comentó para sí misma— ¡Hola, soy Kasmo! ¿Y tú?

No hubo respuesta.

>>Así que sigues con vida, ¿eh?—canturreó—Lo siento, es que ya no diferencio entre vivos y muertos—se disculpó entre carcajadas.

Y volvieron al comienzo, como completos desconocidos...completos desconocidos.